

pable de la simonía, que constituía un verdadero delito á los ojos de las personas sinceramente religiosas. Conrado no se hacía cargo de la gran tarea que la Iglesia alemana se había impuesto para servir á la civilización nacional y que la hacía acreedora á eterno reconocimiento. A pesar de esto, no encontramos resistencia alguna de parte de la Iglesia contra aquel orden de cosas regulado únicamente bajo el punto de vista laico; no vemos ninguna agitación en el episcopado, como las que había originado la adhesión á Roma de Oton III y Enrique II. De Roma habían prescindido los obispos alemanes, y al ser elevado Conrado al trono, habían querido desvanecer el peligro que á su independencia amenazaba, apoyando la política por él seguida, que era cabalmente la misma que ellos habían deseado.

La situación de Conrado II era sólida en el interior, y en el exterior segura y respetada. La autoridad que este monarca había conseguido en Borgoña y en Alemania debía variar también la situación de Italia, pues preciso era conseguir que el orden de cosas fuese allí análogo al que existía al Norte de los Alpes. Varios obstáculos, sin embargo, se opusieron á este pensamiento, pues los magnates que en otro tiempo le habían llamado contra Guillermo de Aquitania no habían querido sino librarse, por medio de él, de un pretendiente molesto y fortalecer la posición que habían logrado. La conducta de Conrado correspondió en lo esencial á este propósito, pues á pesar de que continuó íntimamente unido á los obispos hostiles á los marqueses, el principal de los cuales era Ariberto de Milan, permitió que estos continuaran en posesión de sus bienes y derechos en cuanto hubieron reconocido su soberanía. De esta suerte desapareció el antagonismo que hasta entonces había existido entre estos grupos, pero precisamente por lo mismo se sintieron amenazados otros, surgiendo un conflicto que muy pronto conmovió violentamente toda la Lombardía. Ariberto de Milan, hombre ambicioso y ávido de poder, cuyo lujo dejaba comprender sus inclinaciones terrenales, creyó haber llegado el momento de realizar sus planes. Apoyándose en las gloriosas tradiciones de la época de San Ambrosio, no solo trabajaba por conseguir la supremacía de la Iglesia de la Alta Italia y por la elevación del obispado de Milan á patriarcado, sino que pretendía alcanzar una posición terrenal parecida á la que gozaban los príncipes alemanes de la Iglesia.

Estos planes obtuvieron las simpatías de los habitantes de Milan, que preveían un brillante porvenir para su ciudad, pero en cambio se encontraron con la resistencia de la baja nobleza de los *valvasores*, que veía seriamente amenazadas sus posesiones y su libertad, que ya había tenido que defender contra la alta aristocracia de los llamados capitanes. Desde el año 1035 ardía por esta causa la Lombardía en una sangrienta guerra civil: la baja nobleza, que se levantó como un solo hombre, consiguió una victoria sobre los adversarios, á consecuencia de la cual el movimiento tomó mayor auge y formuló pretensiones más concretas é importantes. Pidióse que se pusiera término por medio de un código escrito al despotismo con que los grandes señores y los obispos trataban á sus vasallos, y con tal objeto estos imploraron el auxilio del emperador. Respondiendo Conrado á este llamamiento, cambiaba de conducta y se dirigía contra los magnates, cuya situación había reconocido y robustecido en su primera expedición á Italia; pero por otro lado ponía en armonía su política italiana con la que en Alemania seguía, pues no era natural que al Norte de los Alpes fuese el protector de la libertad de la baja nobleza y al propio tiempo la abandonara, al Sur, indefensa al capricho de Ariberto y de sus aliados de la alta aristocracia. Además, el triunfo de

los magnates podía promover un reacción nacional contra la soberanía de Alemania.

Por estas razones presentóse Conrado en la Lombardía á fines del año 1036, y despues de una corta permanencia en la inquieta y agitada ciudad de Milan, convocó una dieta en Pavia. También allí le siguió Ariberto, persuadido de que nadie se atrevería á atacarle. En la dieta, presidida por Conrado en persona, ejerciendo sus funciones de juez, formuláronse de todas partes las más apremiantes y justificadas quejas contra la tiranía de Ariberto, acusándole no solo de opresor de sus vasallos sino también de usurpador de los bienes y derechos del imperio. El arzobispo fué, pues, invitado á disculparse delante del emperador, convertido en juez; pero se negó á ello, y cuando se le instó con mayor fuerza, declaró, despues de haber conferenciado brevemente con sus leales partidarios, que estaba decidido á conservar mientras viviera y contra quien quiera que fuese todo cuanto había encontrado al ser promovido á la sede episcopal de San Ambrosio y todo lo que despues había para ella adquirido. Esto equivalía á negar abiertamente su obediencia al emperador. Algunos mediadores procuraron, con buen sentido, calmar á Ariberto, el cual hubiera podido manifestar que exceptuaba de su amenaza al emperador, á quien obedecía, como todos los súbditos del imperio, por ser el juez supremo; pero todo fué en vano: Ariberto reprodujo su provocadora manifestación. ¿Quería el arzobispo promover un conflicto? ¿Creía poder oponerse impunemente al emperador de un modo tan inaudito? ¿Pensaba que con ello estorbaba los ulteriores planes de Conrado? Si tal audacia no era inmediatamente castigada, Conrado perdía toda su autoridad en Italia. Por eso con razón se pensó que Ariberto no procedía movido por una impresión del momento, sino que se jugaba, despues de meditarlo bien, el todo por el todo. Pero la energía militar del emperador no hizo esperar la contestación que tal temeridad exigía, pues convocando inmediatamente á los príncipes en consejo, fué Ariberto condenado, como reo de alta traición y enemigo del imperio, á restituir lo que injustamente había adquirido y á ser encarcelado bajo la custodia del patriarca de Aglei y del duque Conrado de Carintia.

Este paso de extraordinaria importancia no produjo los efectos que había esperado el emperador. Léos de darse por vencidos, los habitantes de Milan se sublevaron, esta vez abiertamente, y cuando Ariberto, que había conseguido fugarse de la cárcel, volvió á presentarse entre ellos, fué recibido con entusiasta júbilo, agrupándose todos á su alrededor para defender la libertad y el patrimonio de San Ambrosio. En aquel momento, para Conrado tan crítico, la Iglesia milanesa, dispuesta á todo sacrificio, parecía aliada con la rica y belicosa población de la metrópoli lombarda, es decir, con una potencia cuyo valer no sospechaban sus amigos ni sus adversarios. La situación del emperador no podía menos de empeorar, viéndose en la precisión de apelar á medidas violentas que habían de producir malísima impresión en Italia y de las cuales, por la misma razón, se había abstenido prudentemente en otro tiempo. Las circunstancias exigían dar un decidido apoyo á los adversarios que Ariberto tenía en su propia patria, y por esto Conrado procuró crearse en la baja nobleza el poder que tan necesario le era para vencer á su enemigo. Con este objeto, y despues de un infructuoso ataque dirigido contra Milan, publicó en 23 de mayo del año 1037 la famosa ley feudal accediendo á las principales exigencias de los *valvasores*, ley por la cual quedaron estos tan fuertemente encadenados á la monarquía. En su virtud, y por medio de un acto legislativo, introdujo en la Lombardía el mismo estado de cosas que poco á poco había ido

implantando en Alemania. Proclamó el carácter hereditario de los feudos: el *valvasor* solo podía verse privado de su feudo en virtud de una sentencia dictada por un tribunal compuesto de sus colegas, y aun podía apelar de ella ante el emperador; los feudos no podían ser gravados con censos ni arrendados, disposiciones que ponían de una vez á la baja nobleza á cubierto del despotismo de los capitanes y de tentativas parecidas á las de Ariberto de Milan. Conrado prometió no imponer sobre los bienes feudales más cargas que las que habían sido hasta entonces de uso. Este decreto era de excepcional importancia, pues ponía término á una evolución que, con la creación de grandes poderes territoriales, amenazaba destruir la influencia de la monarquía en Italia. Pero las consecuencias naturalmente no se dejaron sentir ni permitieron vencer al poderoso arzobispo de Milan tan pronto como Conrado II esperaba. La destitución que contra él decretó el emperador no fué reconocida en Milan, á pesar de la sumisión con que Benedicto IX, sucesor de Juan XIX, la aprobó, confirmando al propio tiempo el nombramiento que para ocupar la sede arzobispal hizo Conrado en favor del capellan Ambrosio. El movimiento en que se unieron la Iglesia, la alta nobleza y la burguesía de la ciudad para combatir al emperador pasó muy pronto las fronteras de Italia. En la Borgoña, Odo de Champaña creyó oportuno el momento para intentar la reconquista de la corona; la oposición loresna, en inteligencia con él y con Ariberto, levantó de nuevo su cabeza, y al emperador no le fué dado destruir con un triunfo decisivo los planes de sus enemigos. El traslado de los obispos opositores italianos á Alemania no puso término á la resistencia de la Iglesia y de las poblaciones: Ariberto, resguardado por las murallas de Milan, se burlaba de la excomunión pontificia, y el castigo impuesto á Pavia no hizo más que aumentar la tenacidad de las demás ciudades. La agitación comenzó á dejarse sentir también en Roma, donde eran objeto de severas censuras las tendencias mundanas y la desmoralización de Benedicto IX, el conde tusculano, que solo vió en la dignidad pontificia un título legítimo para gozar de los placeres y que se hizo tan repugnante á los romanos como á los partidarios de las reformas cluniacenses. Conrado se dirigió en 1038 á Roma para asegurar su trono vacilante, y al poco tiempo desterró al bárbaro Pandolfo de Cápua, y con la investidura de Raimundo de Aversa preparó el camino que debía conducir á futura grandeza á los emigrados normandos que entonces apenas dejaban sentir su presencia. Al regresar al Norte, encontró todavía á la ciudad de Milan en abierta resistencia: una enfermedad terrible que hizo estragos en el ejército le obligó á retirarse á Alemania, mientras los *valvasores* continuaban la lucha contra sus enemigos, que lo eran al propio tiempo del emperador.

Poco despues se extinguió la vida activa de Conrado, que se había visto coronada por tan brillantes éxitos. La Suabia, vacante por muerte de Hermann, pasó á poder de Enrique, el cual fué coronado rey de Borgoña en una dieta de Solothurn. De esta suerte todos los territorios se iban sometiendo para completar el edificio de la monarquía hereditaria sálica; y cuando Conrado, durante una permanencia en Utrecht, cayó enfermo y falleció en 4 de junio de 1039, despues de un solo día de padecer, pudo considerarse logrado el grandioso objeto que había perseguido y asegurada para su familia la soberanía hereditaria sobre Alemania, Borgoña é Italia. Por otra parte su hijo Enrique, cuya frente ceñían dos coronas reales; en cuyo poder estaban los ducados de Baviera, Suabia y Carintia, y la soberanía de Franconia; que hacia años figuraba á su lado como auxiliar y colaborador, y que había probado sus excelentes dotes en la paz y en la guerra, ofrecía la seguridad de que no ocurriría ninguno de los cam-

bios de gobierno que tan peligrosos podían ser para la estabilidad de los resultados obtenidos y de que, por el contrario, se persistiría con mayor energía y con más genio político que espíritu militar en el camino seguido hasta entonces.

CAPITULO II

APOGEO DEL IMPERIO NEO-ROMANO EN TIEMPO DE ENRIQUE III

(1039-1056)

Dicen los anales de un convento de aquella época (1) que la muerte de Conrado II no fué por nadie sentida. Si se considera el reinado del primer salio en su severidad militar, en su sobriedad prosaica y en su inconsiderado egoísmo, se comprende que encontrara obediencia pero no despertara amor ni adhesión, pues se había opuesto á todos los movimientos morales é intelectuales que constituían la nueva vida eclesiástica de aquel tiempo y que impulsaban á una extensa reforma. El cambio á la sazón ocurrido en el trono venía á modificar este estado de cosas: la forma creada por Conrado, que en su parte esencial subsistió intacta, se impregnó de un espíritu completamente nuevo que le dió importancia suma y le permitió ejercer poderosa influencia. En vez del sóbrio realismo con que Conrado, como padre cuidadoso y juez severo, había ejercido su cargo de soberano, surgió un atrevido idealismo que, sostenido por una pasión altamente moral y arrastrando consigo á los más resistentes, procuró penetrar en el Estado y en la Iglesia y reformar uno y otra en sentido unitario. Este idealismo tendía á los fines más elevados, pero arrancaba del terreno de la realidad y estaba completamente libre de aquellas inútiles bagatelas con formas místicas y de aquellas fantasías desmedidas é inasequibles que habían hecho de Oton III un hombre por completo extraño á su época. La historia del emperador Enrique III nos ofrece un brillante ejemplo de lo que puede un personaje poderoso cuando quiere imprimir, en tiempos revueltos, á una vida que se está renovando el sello de su espíritu, sin violencia y sin coerción, solo por la irresistible fuerza de la moralidad ideal.

Ninguno de los grandes soberanos del tiempo pasado había dispuesto, desde el primer momento de su elevación al trono, de un poder tan vasto como el que tenía el hijo de Conrado II, que solo contaba veintidos años. Los ducados todos, á excepción de los de Lorena y Sajonia, eran suyos y además ceñía, con carácter hereditario, la corona de Alemania y de Borgoña. En ninguna parte se le ofrecía resistencia: Enrique III era el primer rey alemán que había comenzado su reinado en medio de una paz profunda y sin tener que combatir rebelión de vasallo alguno. Mas aun; el joven monarca inspiraba tantas simpatías como temores había inspirado su padre. Puede decirse que las relaciones entre Enrique III y sus súbditos se elevaron, desde un principio, á las altas esferas de la moralidad, y se regularon por motivos muy distintos de los intereses dinásticos y de las ventajas políticas. Aquel joven soberano desarrolló, como ningún otro, las fuerzas morales de su pueblo y las dirigió de tal suerte, que le permitieron figurar como el primero de los pueblos de su tiempo é hicieron de su monarca la personificación del ideal moral, ennobleciendo en alto grado al imperio.

Enrique, que había nacido en 28 de octubre del año 1017 (2), desde el advenimiento de su padre al trono, estaba llamado á grandes cosas, y desde niño había sido cuidado-

(1) *Ann. Hildesheim* de 1039 (*Mon. Germ. hist. Script.* III).
(2) Steindorff: *Anuarios del imperio alemán durante el reinado de Enrique III*, dos tomos, Leipzig, 1874-1881.